

integro de los fondos suplidos para la expedición francesa; pero el Sr. Labastida se rehusaba constantemente á volver á ocupar el puesto de Regente.

Por entonces, Bazaine trató de satisfacer los deseos de Napoleón, con respecto á las minas de Sonora y como las correspondencias de Guaymas anunciaban el arribo á ese puerto de compañías americanas compuestas de aventureros y mineros con concesiones de Juárez, tomó Bazaine este pretexto y obligó al Gobierno de la Regencia á que concediera á la Francia aquellas minas. En consecuencia, apareció en la Convención firmada con el ministro francés, un artículo concebido en estos términos: „Como garantía de la buena ejecución de la presente Convención, y en testimonio de gratitud para el Gobierno del Emperador de los franceses, el Gobierno mexicano concede al francés, la facultad de explotar todas las minas de la Sonora, que se encuentran actualmente no explotadas y sin denuncia, reconociéndole el derecho, para él ó para las compañías concesionarias, de tener en el Estado de Sonora tropas encargadas del cuidado de esas minas.

Desde luego escribió el general Bazaine al contra-almirante Bouet que mandaba la división naval en el Pacífico, para que vigilase especialmente el puerto de Guaymas y que á la vez le enviase reseñas exactas por San Blas y Guadalajara, ó por Panamá, sobre el Estado que guardaban en Sonora los centros mineros de Ures y Arizpe, cercanos á la frontera de los Estados Unidos.

Hemos dicho que el avance de las columnas francesas hacía el Interior, obligó al Gobierno que estaba en San Luis Potosí, á evacuar esta ciudad el 22 de Diciembre, dirigiéndose al Saltillo, donde se instaló durante algunos meses.

En las difíciles circunstancias en que se hallaba el Presidente Juárez, tuvo que sufrir un nuevo desengaño por la conducta que observó el general D. Santiago Vidaurri, quien se resolvió á favorecer los planes de los intervencionistas. Desde que supo que éstos habían ocupado la ciudad de San Luis Potosí y que el Gobierno Republicano se dirigía á Nuevo León, dictó una circular advirtiéndole á las autoridades, que la propiedad estaba amenazada, puesto que de la hacienda llamada del Potosí se había llevado un agente del Gobierno juarista, una partida de yeguas, aunque estas habían sido secuestradas conforme á la ley de confiscación de bienes á los que auxiliaren á la intervención; el hecho fué abultado para procurar que entre los habitantes del Estado, se formarán prevenciones contra el Gobierno trashumante, al que pintaba cual si llevara consigo todo género de males, ejecutados por partidas armadas á las que Vidaurri titulaba con ironía, defensores de la Independencia nacional, y previno á los pueblos del Estado que se armaran para evitar el mal é impedir que se repitiera.

Con igual tendencia expidió Vidaurri otra circular el 26 de Enero de (1864), pretextando que el teniente coronel D. Adolfo Garza, de tránsito con su fuerza para el Estado de Tamaulipas, se había llevado de la Estancia de Raíces doce caballos, hecho negado por el Sr. Garza y sobre el cual Vidaurri no insistió; pero sí en que el Estado corría peligro de perder el orden y la tranquilidad con la residencia allí del Gobierno presidido por el Sr. Juárez, „estando á punto de per-

derse la paz interior y el orden público, bienes inapreciables que la Providencia Divina había concedido al Estado como por una especial distinción, según se expresó el Gobernador Vidaurri en la circular del 2 de Enero.

Consecuencia de esa conducta fue la orden para que Vidaurri no siguiera disponiendo de las rentas que pertenecían al Gobierno federal, pues no tenía un solo hombre en la campaña contra los franceses, ni hacía preparativos para ayudar á sostenerla. Los cuantiosos productos de la Aduana de Piedras Negras y otras rentas federales, habían sido distribuidos por el general Vidaurri. Este se negó á dejar aquellos recursos, diciendo que sin ellos era imposible que el Estado hiciera los gastos de su administración y pagara algunos créditos y deudas que contrajo durante la revolución liberal.

A medida que para los intervencionistas parecía despejarse el horizonte político, para el Presidente Juárez por el contrario, la situación se oscurecía. El gobernador Vidaurri había resuelto desembozadamente no entregar las rentas federales de que disponía, y á la vez se presentaba otra complicación al ser asesinado el coronel Francisco de P. Villanueva, gobernador y comandante militar del Estado de San Luis Potosí.

Este suceso agrió más las relaciones entre Vidaurri y el gobierno republicano; el crimen fué cometido en un punto cercano al rancho del Borrego en el partido del Doctor Arroyo, por un comandante llamado Santos Pinilla, autoridad militar de aquel partido, y condecho para las relaciones entre el general Vidaurri y los intervencionistas, que estaban cercanos al mando del jefe Florentino López. Después del asesinato continuó sosteniendo Vidaurri á Pinilla en el mando y como autoridad militar.

Villanueva llevaba su tropa en el mayor descuido; de pronto les ataca la de Pinilla que estaba emboscada, los desarma antes de que tengan tiempo de defenderse y con su propia mano hiere Pinilla al gobernador Villanueva, disparándole varios tiros. Caen también víctimas de los asaltantes, los jefes Vega y Lara, y se salva parte de la fuerza debido á la energía del comandante Rafael Quesada que cubría la retaguardia defendiéndola con la artillería. Este jefe dispuso y ejecutó la retirada, tiroteándole sus contrarios por espacio de muchas leguas hasta que fué auxiliado por fuerzas salidas del Saltillo á donde se replegó Quesada con las que pudo conservar. Pinilla entregó al general intervencionista Florentino López los oficiales y empleados hechos prisioneros en aquella sorpresa. La conducta de Pinilla fué aprobada por Vidaurri en el hecho de haberlo dejado ejerciendo las funciones del mando que tenía.

En la sorpresa y muerte del Gobernador Villanueva ocurrieron las siguientes circunstancias: sabedor de que D. Tomás Mejía intentaba sorprenderlo en Matehuala, se retiró en la madrugada del 23 de Enero para el Cedral, hacienda de la Presa y San Juan de la Cruz; el día 27 pernoctaron en la Soledad y el 28 emprendieron la marcha rumbo á Miquihuana; pero á la media legua se desbandó la in-

fantería que mandaba el coronel Sóstenes Rocha, quedando fieles solamente la dotación de las tres piezas, la caballería del coronel Quesada y una legión de jefes y oficiales que daba escolta al gobernador Villanueva; seguían la marcha, yendo éstos á vanguardia y al pasar por el rancho llamado del Borrego, fueron atacados á las doce del día; estando á larga distancia la fuerza de retaguardia, fué acerbillado á balazos el gobernador, en unión de algunos de su comitiva. La fuerza de Quesada tuvo que retirarse después de batirse y se dirigió á la hacienda del Potosí. D. Santos Pinilla, administrador de la Soledad, atribuyó á los derrotados el crimen de que iban asaltando las haciendas, matando á los dependientes y disponiendo de los caballos y armas que encontraban, por lo cual los consideró y trató como bandidos, y sostuvo que aunque había enviado comisionados á Villanueva, ningún caso se le había hecho. Este había desconfiado de Pinilla, pero habiendo recibido seguridades de que nada tenía que temer, cayó en el lazo que se le tendía, disparándole el mismo Pinilla los cinco tiros de su pistola, y dos más de otra que llevaba en la mano izquierda.

Incurrió Vidaurri en grandes contradicciones que manifestaron claramente sus tendencias: contestó al aviso del viaje del Presidente, diciendo que con satisfacción lo recibiría del mejor modo posible y á la vez llamó reservada y violentamente á la brigada del general Hinojosa, para estar dispuesto á atacar las fuerzas del gobierno; mandó cubrir con vela las calles de Monterrey, dispuso habitación y otros preparativos de solemnidad para la recepción y al mismo tiempo en los momentos inmediatos á la llegada de Juárez, se apoderaba de los cañones que se le habían enviado confiando en las promesas que hizo; dispuso que el Ayuntamiento y los funcionarios públicos fueran á recibir al gobierno, en tanto que él iba á encerrarse en la ciudadela en actitud de guerra, con todas las fuerzas que le fué posible reunir. En la misma ciudadela mandó hacer salva de honor al entrar el Presidente, así como después la mandó hacer al tiempo que este salía repelido por la conducta que siguió Vidaurri, y en uno y otro caso, tenía abocados los cañones contra las fuerzas que estaban á las órdenes del Gobierno republicano. En una carta dirigida al Presidente el día 14, le dijo que veía en él lo que otros no veían, le llamaba impecable; á la vez trataba como enemigas á las fuerzas que estaban á las órdenes inmediatas del gobierno, atribuyéndoles que recibían órdenes indebidas contra el gobernador de Nuevo León. En la misma carta al Presidente, calificaba de sacrilegio poner siquiera en duda la libertad que tenía para ejercer su autoridad y al mismo tiempo le mandaba decir, que hiciera salir *en el acto* las fuerzas que estaban allí á sus órdenes, *pues de lo contrario se vería obligado á hacerlas salir por la fuerza al día siguiente.* ¿Esta conducta contradictoria no era un acto de rebelión y de burla?

Vidaurri dispuso que la brigada Quiroga que había pertenecido al ejército del Centro y pasó á Monterrey para reponerse, no volviera al campo de batalla, sino que permaneciera en el Estado ocupada en proteger las tendencias políticas del gobernador, que en la guerra de intervención se mantuvo frío é indiferente,

dando motivo con su conducta á que los periódicos intervencionistas aseguraran que era encubierto partidario de la intervención, por la cual se declararía tan luego que se lo permitieran las circunstancias, y pasaba tal acusación sin ser desmentida por el *Boletín Oficial* que en otros asuntos se mostraba muy cuidadoso de contradecir.

Habían transcurrido ya muchos días de la permanencia de Juárez en el Saltillo, cuando llegó una comisión á felicitarle á nombre de Vidaurri, excusándole por no poder ir en persona. También manifestó sus tendencias, en la contestación que dió á la circular del ministerio de Relaciones, al participarle que el gobierno fijaba su residencia en el Saltillo, pues aunque en apariencia mostraba satisfacción añadía frases insidiosas que claramente probaban su oposición, ya declarada en la proclama que expidió al saber que se trasladaba á Coahuila el gobierno, pues que había *«desbordamiento de los pueblos del centro sobre el Estado que mandaba y que veía amenazado por los excesos del bandolerismo»*, conceptos que no podían referirse sino á las fuerzas que combatían la intervención y que se replegaban al territorio que Vidaurri estaba acostumbrado á ver como propiedad suya. En la otra proclama posterior no solamente desarrolló las mismas ideas, sino que avanzó hasta excitar á los pueblos del Estado para que se levantaran armados, *«en defensa de sus hogares contra la invasión de vándalos que los amenazaban»*, haciéndole mucho efecto, que el teniente coronel Adolfo Garza hubiera tomado caballos de la Estancia de las Raíces y porque fué recogido de la hacienda del Potosí, por un comisionado especial del ministerio de Hacienda, un ganado extraído fraudulentamente de la secuestrada hacienda de Cruces, hechos que Vidaurri hizo aparecer como un atentado contra la soberanía de la entidad política que presidía.

También en los disturbios de Matamoros tuvo Vidaurri participio activo y directo; pero á todo contestaba al gobierno de Juárez con el disimulo, diciendo que quería evitarle nuevas complicaciones en la crisis porque atravesaba. Se presentaron después los nuevos actos de escandalosa desobediencia, que condujeron á una sublevación formal y declarada y al rompimiento definitivo entre los dos gobiernos.

En el Puerto de Matamoros sobrevinieron, después del fusilamiento del cabecilla J. M. Cobos, nuevas complicaciones, precisamente cuando se daban por terminadas las dificultades suscitadas allí al terminar el estado de sitio con los convenios celebrados entre el gobernador y comandante general de Tamaulipas, Sr. Manuel Ruiz, y los disidentes que ofrecían reconocer á la autoridad que designara el Presidente Juárez y pactando marchar todas las fuerzas para Tampico ocupado por los franceses; pero habiéndose presentado cuestiones acerca del cumplimiento de lo convenido, se encontraron otra vez los ánimos, al grado de batirse la fracción que mandaba Ruiz con la fuerza de D. Juan N. Cortina. Después de obstinado y sangriento combate, fué forzado Ruiz á refugiarse otra vez en Brownsville. Quedó Cortina en posesión de Matamoros y reconociendo al Presidente Juárez, á cuyas órdenes se puso. Se consideró que de esta manera se llegaría á dar